

History and genealogies
A reading of the Foucault's text
Nietzsche, genealogy, history

nov/11

tesis psicológica 6

ISSN 1909-8391

173

Sergio Trujillo García*

* Psicólogo, Magíster en Educación. Facultad de Psicología Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico. sergio.trujillo@javeriana.edu.co

• INICIO

La historia y las genealogías *Una lectura del texto de Foucault* Nietzsche, la genealogía, la historia

Recibido: febrero 1 de 2011

Revisado: marzo 4 de 2011

Aprobado: junio 16 de 2011

ABSTRACT

Critical reflection of Foucault's book *Nietzsche, genealogy, history*. Its arguments are developed commenting some quotes that allow to contrast the idea of genealogies that Foucault develops from Nietzsche, with the idea of "the" official history of "a" science and in particular of psychology as scientific discipline. It is about a critical posture that leads to value and assume Foucault's fair indignation towards the hegemonic attempts that interpret history in a monolithic, unilinear way and look to establish with accuracy "the" origin. It adheres to the search of the tensions that produce emergencies and distinctive sources of the historic dynamic, in the past and currently, but it is disagreed for the excessive emphasis that Foucault does on the becoming since, to the author's judgement, such emphasis impedes recognizing what is preserved though the changes, meaning, the being itself that becomes.

Key words: Genealogies, history, science, psychology.

RESUMEN

Reflexión crítica del libro de Foucault *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Sus argumentos se desarrollan comentando algunas citas textuales que permiten contrastar la idea de las genealogías que Foucault desarrolla a partir de Nietzsche, con la idea de "la" historia oficial de "una" ciencia y en particular de la psicología como disciplina científica. Se trata de una postura crítica que lleva a valorar y asumir la justa indignación de Foucault frente a los intentos hegemónicos que interpretan la historia de un modo monolítico, unilineal y buscan establecer con precisión "el" origen. Se adhiere a la búsqueda de las tensiones que producen emergencias y procedencias propias de la dinámica histórica, en el pasado o ahora mismo, pero se discrepa frente al desmedido énfasis que hace Foucault en el devenir puesto que, a juicio del autor, tal énfasis le impide reconocer lo que se conserva a través de los cambios, es decir, el ser mismo que deviene.

Palabras clave: genealogías, historia, ciencia, psicología.

Ocurre comúnmente que lo que en la vida diaria consideramos como más importante, como más valioso para nosotros y para las personas que amamos, se diluye cuando tratamos de hacer ciencia y pasa a ocupar, cuando más, un lugar en el trasfondo, incluso un rincón al cual se botan con desdén las características, sencillamente humanas, que vienen a hacer estorbo, que producen ruido cuando se trata de llegar al conocimiento que llamamos objetivo (Trujillo, 2006, 2007, 2008).

Nuestros afectos, núcleo de nuestra subjetividad, son condenados a muerte cuando asentimos, obligados, a buscar conocimientos objetivos (Maturana, 1997; Trujillo, 2008, 2008a).

Pero Foucault indica que la razón, y se refiere a la racionalidad científica particularmente, nace del azar y que el rigor de los métodos científicos nace

(...) de la pasión de los sabios, de su odio recíproco, de sus discusiones fanáticas y siempre reanudadas, de la necesidad de vencer —armas lentamente forjadas a lo largo de luchas personales (Foucault, 2004, pp. 18 - 19).

Deja ver así, al darles vuelta, las intenciones de quienes venden, muy bien empacada, la pretendida objetividad, y ubica precisamente en los afectos la fuente del conocimiento científico.

No extraña entonces que haya una Historia que presenta a la Ciencia como una y al proceso de su desarrollo como uno, como ajenos a la vida cotidiana, como lejanos de las pasiones humanas, de la diversidad, y como encerrados en sí mismos. No extraña que en esta Historia oficial se privilegien los conocimientos objetivos, defendidos como neutros y desinteresados, y se traigan al discurso del historiador algunos personajes presentados como protagonistas principales, que entonces “aparecen” descontextualizados, a-históricos o supra-históricos, en una sucesión que hace parte de la línea del tiempo

que conduce inexorablemente hacia el “progreso” (Trujillo, 2007, 2008, 2008a).

También ocurre que se esconden las tensiones, los conflictos que tuvieron o que tienen lugar en circunstancias situadas, en momentos en los cuales existieron o existen ciertas pugnas por el poder, en culturas que se quieren imponer y dominar o en las que se resisten a ser dominadas, conquistadas, colonizadas, explotadas.

Todo conocimiento, y especialmente el conocimiento científico, es interesado (Vasco, 1990), pero como los intereses del conocimiento científico se esconden tras la fachada de la objetividad, llegamos a pensar que es posible acceder a un conocimiento “puro”, aséptico de intereses y aséptico de sujetos. Tal asepsia, tal deseo de “pureza” ha caracterizado especialmente los momentos en la historia de la humanidad en los cuales, ensoberbecidos, los seres humanos obramos como dioses y negamos entonces nuestra condición humana, o al menos la negamos en otros seres humanos a quienes objetivamos y pretendemos, de este modo ontológico y epistemológico, subyugar, avasallar. Entonces renegamos del humus del cual todos estamos hechos y por la misma vía negamos la causa de las causas (Trujillo, 2007, 2008, 2008a).

Las ciencias, al igual que todos los demás tipos de conocimiento, son un producto de los seres humanos, interesados en conocer y en hacer algo con el conocimiento producido. Las ciencias son un producto de los sujetos humanos que lo producen en circunstancias culturales, históricas, geográficas, económicas, políticas. Puesto que el conocimiento es algo que ocurre en los sujetos, entonces todos los conocimientos, incluidos los científicos, son subjetuales y, por tanto, no completamente objetivables, es decir, siempre llevan en sí el “mugre” del barro del sujeto, el “residuo” que no pudo ser decantado (Trujillo, 2007, 2008, 2008a).

Los conocimientos se producen, precisamente, en la tensión que queda instaurada cuando la búsqueda de una pretendida universalidad se encuentra con la particularidad de quien emprende la búsqueda.

Al proponer la genealogía, interpretando a Nietzsche, y al asumir una postura crítica frente al despliegue metahistórico de las significaciones ideales y de las indefinidas teleologías, Foucault “se opone a la búsqueda del ‘origen’” (Foucault, 2004, p. 13) e invita a:

(...) localizar la singularidad de los acontecimientos, fuera de toda finalidad monótona; atisbarlos donde menos se los espera, y en lo que pasa por no tener historia –los sentimientos, el amor, la conciencia, los instintos–; captar su retorno, no para trazar la curva lenta de una evolución, sino para reconocer las diferentes escenas en las que han representado distintos papeles; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han sucedido (...) (Foucault, 2004, p. 12).

Quien se dedica a la búsqueda del origen, implícitamente acepta que allí está y que es legítima su indagación retrospectiva, como si hacer historia fuera devolverse linealmente a un lugar y a un momento, a unas coordenadas en las que se halla, esperando, “el” comienzo, del cual puede establecerse con precisión la fecha, la hora, el lugar, el sitio exacto. En este sentido, Foucault también recuerda a Nietzsche y rechaza la búsqueda del origen cuando sostiene que, al emprenderla:

(...) uno se esfuerza en recoger la esencia exacta de la cosa, su posibilidad más pura, su identidad cuidadosamente replegada sobre sí misma, su forma inmóvil y anterior a lo que es externo, accidental y sucesivo. Buscar tal origen es tratar de encontrar “lo que ya existía”, el “eso mismo” de una imagen exactamente adecuada a sí misma; tener por advertencias todas las peripecias que han podido suceder, todas las astucias

y todos los disfraces; comprometerse a quitar todas las máscaras, para develar al fin una identidad primera (Foucault, 2004, pp. 17 - 18).

Cuestionar la pretendida objetividad, sospechar respecto del único origen, criticar la linealidad de la historia que comienza con los protozoos y culmina en los salones del Club de Londres gracias a la “supervivencia del más apto”, dudar de la heroicidad esculpida en bronce y armada hasta los dientes luego de que optó por la violencia y despreció la paz, poner en cuestión la neutralidad de quienes se amparan en ella para defender sus intereses y sus privilegios, leer e interpretar de modo subversivo los conocimientos hábilmente cifrados en códigos excluyentes asequibles solo para los iniciados y ponerlos al servicio de todos... lleva, como sugiere Foucault, a reírse de las solemnidades del origen.

Sin duda, algo en nosotros, a quienes durante al menos los últimos 100 años se nos ha enseñado “La Historia” de una cierta manera heroica, unidimensional, unidireccional, homogénea, protagónica, se resiste a aceptar la multiplicidad, la conflictividad, la dinámica propia de todo lo humano que acontece situada en las condiciones de quienes hacemos las historias cada día, a través de nuestras decisiones o de nuestras sumisiones, las cuales se mueven, oscilan, entre las alturas que queremos alcanzar con la Gracia y las bajezas que nos atraen con su gravedad (Weil, 2001).

Por ello Foucault invita a conjurar la quimera del origen y buscar las procedencias. En su radicalidad propone:

Seguir el hilo complejo de la procedencia es, al contrario, conservar lo que ha sucedido en su propia dispersión: localizar los accidentes, las mínimas desviaciones –o, al contrario, los giros completos–, los errores, las faltas de apreciación, los malos cálculos que han dado nacimiento a lo que existe y es válido

para nosotros; es descubrir que en la raíz de lo que somos no hay ni el ser ni la verdad, sino la exterioridad del accidente (Foucault, 2004, pp. 27 - 28).

Desde allí señala que buscar la procedencia no fundamenta, sino que agita, fragmenta y muestra la heterogeneidad.

Ser o devenir, Parménides o Heráclito, encuentran en Foucault una drástica solución monista: solo devenir, solo el río que no es nunca, que no es jamás el mismo, aunque puede que a Foucault se le escape que tal río en el cual jamás nos volvemos a bañar, no deja de ser nunca, no deja de ser jamás, precisamente, río. Ser y devenir.

Comparto con Foucault la búsqueda, que es siempre múltiple, de los comienzos, “de los innumerables comienzos”, de los muchos orígenes, pero discrepo de él en abandonar la búsqueda de la continuidad, de lo que permanece en medio de los cambios, de las transformaciones.

Foucault enarbola la bandera de las discontinuidades, de las rupturas, de los abismos, cuando grita indignado: “Nada que semeje a la evolución de una especie, al destino de un pueblo” (Foucault, 2004, p. 27), y comparto su justa indignación frente a la infamia de querer imponer Una Historia a todas las historias, de querer tiranizar a los sujetos, que son o que fueran dueños de sus propios proyectos históricos, enajenándolos.

Apelo, para conversar con Foucault desde otra perspectiva, a su concepto de “emergencia”. Dice él que “la emergencia es, pues, la entrada en escena de las fuerzas; su irrupción, el impulso por el que saltan a primer plano, cada una con su propio vigor, su juventud” (Foucault, 2004, p. 37).

¿Dónde estaban esas fuerzas antes de irrumpir? Si irrumpen es porque son; si no fueran,

no podrían emerger. ¿Qué son y de dónde provienen? ¿Cuál es su sujeto? ¿Quién las ejerce? ¿Actúan por sí mismas? Sin duda, no están por fuera de la historia, pero entonces están actuando, obran en la historia: ¿en la historia de quién o de quiénes? ¿Son fuerzas previas al sujeto? ¿Le constituyen? ¿Le niegan o destruyen? ¿Le determinan? ¿Le liberan? ¿Son fuerzas del sujeto? (Foucault, 2002; Trujillo, 2008).

Foucault dice que nadie es responsable de una emergencia, ni nadie podría vanagloriarse de una emergencia (Foucault, 2004, p. 38), y le comprendo, pero una vez emerge y hace a un ser humano sujeto de su propia existencia, de su propio proyecto histórico concreto, entonces: ¿no es el sujeto responsable de sí mismo y no se hace responsable por la emergencia de proyectos en él y en los demás seres humanos?

Claro, el sujeto no se hace, no puede hacerse responsable de La Historia, pero sí puede hacerse responsable por preservar las condiciones de posibilidad para las historias (Trujillo, Tovar & Lozano, 2004, 2007a; Trujillo, 2006a, 2007b, 2010). Es desde allí que comprendo la radicalidad de Foucault, pero no comparto su desprecio por lo que se conserva en medio de los cambios, ni por Aquel del cual emergen las fuerzas que nos constituyen.

No quiero hacer Historia cayendo en el “egipcianismo” que denuncia Foucault, el cual ocurre cuando la Historia se asume como ciencia objetiva; no quiero hacer de la Historia un viejo estante empolvado, un antiguo armario lleno de antigüedades que a nadie interesa. Pero reconozco la importancia de la arqueología, de la exégesis, de la hermenéutica de textos, de discursos. Incluso el mismo Foucault afirma que el genealogista debe ser erudito.

Tampoco quiero caer en la mirada del fin del mundo que considera que con la ciencia

superamos todos los errores científicos del pasado, como si estuviésemos en el ombligo del tiempo. Pero encuentro interesantes los aportes de las ciencias, de los distintos estilos de trabajo en las ciencias y admiro el concierto que entonan junto con las magias, los mitos, las religiones, las filosofías y las artes.

También encuentro inconvenientes en la objetividad apocalíptica que supone una verdad eterna, que desconoce las verdades sinuosas y plurales, que hegemoniza y excluye, que dogmatiza y suprime, pero reconozco que lo que deviene es el ser, y que sin ser no existe el devenir, pues entonces no hay quien devenga. Así que comprendo y comparto la indignación de Foucault frente al único ser y a la única verdad, y su deseo de develación y rebeldía, aprendido de su cercano maestro de la sospecha, pero yo también aprendí junto con la sospecha el arte de la escucha (Ricoeur, 1976, 1983; Trujillo, 2008, 2008a, 2008b).

Comparto con Foucault que interpretar es apropiarse, violenta o subrepticamente, como Hermes, de un sistema de reglas, y no sacar lentamente a la luz una significación enterrada en el origen, aunque para la hermenéutica no sobra el arte del desenterramiento, del desocultar, del desolidar; pero no estoy de acuerdo con él en que los seres humanos no podemos comprender a los demás seres humanos y reconocernos en ellos, porque, según dice, nada en nosotros es lo suficientemente fijo (p. 46), pues puedo dar testimonio de que he podido identificarme con otros empáticamente y otros han podido identificarse conmigo también empáticamente. El de la identidad que permanece en medio de los cambios y el de los cambios que se dan conservando la identidad es, entre otros, un asunto de entrañas.

Sin duda, los conocimientos son esgrimidos muchas veces para zanjar (p. 47), pero también he presenciado y algunas veces participado en

procesos en los cuales los conocimientos han sido hechos para comprender y comprenderse, para comunicarse, y más allá, para transformar conjuntamente realidades injustas.

Estoy de acuerdo con Foucault en que los acontecimientos no se manifiestan como sucesiones de una intención primordial, ni como resultados previstos, pero no puedo tapar con la mano el sol de las realizaciones humanas que han sido previstas y proyectadas, realizadas con intenciones, muchas veces explícitas y concertadas entre seres humanos que se han puesto de acuerdo en cómo vivir bien. Por eso discrepo de Foucault cuando sostiene que “la genealogía es la historia como carnaval concertado” (p. 66), pues trivializa los acuerdos entre las personas que han hecho posible el vivir en comunidad cuidando de sí y de los otros, compartiendo valores y proyectos, y juzga con extrema dureza los esfuerzos honestos, como si todos ellos hubieran utilizado tácticas hegemónicas. Sin duda, el caos no es el cosmos, y aunque el cosmos puede discernirse solamente sobre el trasfondo del caos, no puede el caos tampoco discernirse solo.

Pero comparto con Foucault pensamientos, sentimientos y voluntad cuando, a mi modo de ver al referirse a la positivación de las ciencias, y en especial de las ciencias humanas y sociales, denuncia:

(...) el querer-saber no nos acerca a la verdad universal; no da al hombre un exacto y sereno dominio de la naturaleza; al contrario, no cesa de multiplicar los riesgos; en todas partes hace crecer los peligros; abate las protecciones ilusorias; deshace la unidad del sujeto; libera en él todo lo que se empeña en disociarlo y destruirlo.(...) Antaño las religiones exigían el sacrificio del cuerpo; hoy el saber pide experimentar en nosotros mismos, sacrificar el sujeto de conocimiento (Foucault, 2004, pp. 70-72).

Pues es el conocimiento científico el que nos ha desencantado, el que ha hecho de la vida un estropajo seco y vacío, y el que nos ha colocado en situación de apocalipsis, desintegrando, atomizando lo real y objetivando al sujeto, desalojándolo de sí y desmantelando su interioridad (Trujillo, 2007, 2008, 2008a, 2009).

Quizás, en nuestro caso, para quienes estamos interesados en recorrer un camino prudente, una ruta sensata para acercarnos a las historias de las psicologías, la genealogía foucaultiana, nietzscheana, sea una alternativa interesante, una advertencia legítima, pero sin descartar que, al encontrar el tronco, la procedencia que agita el devenir y evidencia la heterogeneidad de sus orígenes, de sus raíces, descubrimos también a quienes devienen.

Introducir lo discontinuo en la historia, las rupturas, los saltos cualitativos, las contradicciones, los movimientos dialécticos, las oposiciones, los intereses velados y los explícitos, las energías latentes y sus emergencias, no significa desconocer la continuidad de los procesos que son, precisamente, manifestaciones de tales discontinuidades, explicitaciones de las crisis que permitieron, gracias a las emergencias, superar viejos modos de organización, es decir, que posibilitaron el desarrollo, la permanencia en medio de los cambios (Trujillo, 2000).

Admitir el desarrollo no significa necesariamente asumir que hay una meta prefijada, un objetivo teleológico, aunque la idea aristotélica de “entelequia”, de aquello que tiene el fin en sí mismo, que contiene un principio que podría convertir la potencialidad en realidad, es atractiva y podría no contradecirse con las procedencias y las emergencias. Al fin y al cabo, el desarrollo, para el Modelo Contextual Dialéctico (Trujillo, 2004),

implica la dialéctica, la contradicción entre bipolaridades antagónicas, entre fuerzas endógenas y exógenas al ser en desarrollo.

Lo anterior significa que los seres humanos, que en nuestros inicios ontogenéticos somos unidades biológicas, podemos devenir en unidades biopsicosociales, es decir podemos devenir sujetos y en el ejercicio de esta sujetualidad hacernos obra de nosotros mismos. Nada más lejano de la teleología que el ejercicio de la voluntad, órgano de la libertad, que el ejercicio de la autonomía (Trujillo, 1990, 2005, 2010a). Pero, quien deviene autónomo, inicialmente fue una unidad biológica, la cual, gracias a interacciones sociales apropiadas, llega a ser unidad biopsicosocial (Trujillo, 2000, 2002, 2003, 2008). ¿No es tal unidad biológica inicial una entelequia, entonces?

Admitir que el principio activo de todo ser humano se actualiza a través de su desarrollo no significa admitir el determinismo, ni reducir el desarrollo a la maduración, sino, más bien, resaltar que todo ser humano puede llegar a ser autónomo en medio de las vicisitudes y las crisis propias de su constitución compleja y contradictoria, donde no es lícito encontrar un único origen, una sola filiación, una sola trayectoria, sino diferentes procedencias y distintos momentos para las emergencias, diversidad de fuerzas que confluyen o divergen y resuenan en el afianzamiento del ser en desarrollo.

Varios autores en psicología se han preguntado por los orígenes de “lo psicológico” (Trujillo, 2000, 2003, 2006); es legítimo que nos preguntemos por los orígenes, por las procedencias, por las emergencias de las psicologías (Trujillo, 2006, 2007), y ello puede ser posible gracias a la genealogía, cuando se contrasta, críticamente, la Historia oficial con otras historias.

Referencias

- Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2004). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-Textos.
- Maturana, H. (1997). *La objetividad: un argumento para obligar*. Santiago: Dolmen.
- Ricoeur, P. (1983). *Freud: una interpretación de la cultura. Cap. II. El conflicto de las interpretaciones y cap. III. Método hermenéutico y filosofía reflexiva*. México: Siglo XXI, pp. 22-52.
- Ricoeur, P. (1976). *Exégesis y hermenéutica. Conferencia introductoria: del conflicto a la convergencia de los métodos en exégesis bíblica*. Madrid: Cristiandad, pp. 33-50.
- Trujillo García, S. (1990). *Autonomía moral: un proyecto educativo. Theologica Xaveriana, 95, 92-100*. Bogotá: Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana.
- Trujillo García, S. (2000). *Algunas consideraciones sobre la adolescencia desde la perspectiva del Ciclo Vital*. Pontificia Universidad Javeriana. Inédito.
- Trujillo García, S. (2002). *Aproximación a la génesis de "lo psicológico"*. Universitas Psychologica, 1 (1), 161-170. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Trujillo García, S. (2003). *La Psicología: ¿para quién?* Universitas Psychologica, 2 (2), 215-223. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Trujillo García, S. (2004). *Desarrollo Humano y Gracia de Dios. Entremeses Teológicos, 4*. Bogotá: Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana.
- Trujillo García, S., Tovar Guerra, C., & Lozano, M. C. (2004). *Formulación de un modelo teórico de la calidad de la vida desde la Psicología*. Universitas Psychologica, 3 (1), 89-98. Bogotá: Facultad de Psicología, Pontificia Universidad Javeriana.
- Trujillo García, S. (2005). *Agenciamiento individual y condiciones de vida*. Universitas Psychologica, 4 (2), 221-229. Bogotá: Facultad de Psicología, Pontificia Universidad Javeriana.
- Trujillo García, S. (2006). *¿Puede la psicología ser científica? Reflexión en torno a "lo psicológico" desde Heidegger. Diálogos, 4*. Bogotá: Departamento de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia.

- Trujillo García, S. (2006a). *Interpretación desde la psicología de la calidad de la vida y sus dimensiones en adultos mayores de los municipios de Soacha y Sibate. Capítulo 14 de Saber, sujeto y sociedad. Una década de investigación en psicología*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Trujillo García, S. (2007). *Objetividad y sujetualidad: una perspectiva del debate epistemológico en psicología*. Tesis Psicológica, 2, 75-79. Bogotá: Facultad de Psicología de la Fundación Universitaria Los Libertadores.
- Trujillo García, S., Tovar Guerra, C., & Lozano, M. C. (2007a). *El anciano conformista: ¿un optimista con experiencia?* Universitas Psychologica, 6 (2), 264-268. Bogotá: Facultad de Psicología, Pontificia Universidad Javeriana.
- Trujillo García, S. (2007b). *El sentido vital: ¿encontrado, otorgado, inventado, construido?* Sentido y Existencia, 2, 48-53. Bogotá.
- Trujillo García, S. (2008). *La sujetualidad: un argumento para implicar. Propuesta para una pedagogía de los afectos*. Colección Saber, Sujeto y Sociedad. Bogotá: Editorial Javeriana.
- Trujillo García, S. (2008a). "Discierno, luego existo". Revista de la Unión Latinoamericana de Psicología. México.

- Trujillo García, S. (2008b). *Sentido vital y resiliencia*. En proceso de edición.
- Trujillo García, S. (2009). *Calidad de vida: envejeciendo con sentido vital*. Ponencia en el I Congreso de la Cátedra de Psicología de la Tercera Edad y Vejez. Buenos Aires: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Trujillo García, S. (2010). *El espíritu autogestionario y su concreción en proyectos con sentido para personas mayores*. Ponencia presentada en el Congreso de Salud “Por un envejecimiento activo y productivo”. Bogotá: Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver.
- Trujillo, S. (2010a). *Sentido y calidad de vida: la biografía como ocasión resiliente en la vejez*. Ponencia en el Congreso Internacional de Psicología de la Vejez. Mar del Plata (Argentina).
- Vasco, C. E. (1990). *Tres estilos de trabajo en las Ciencias Sociales*. Comentarios a propósito del artículo “Conocimiento e interés” de Jürgen Habermas. Bogotá: Cinep.
- Weil, S. (2001). *La gravedad y la gracia*. Madrid: Trotta.